

PREFACIO DE ALGO EN NINGÚN LUGAR DE ÉSTE

Josh estaba sentado en el jardín, entrelazando los contados hierbajos que habían sobrevivido al Sr. Caries. Su casa estaba justo detrás, aunque con un sistema de alumbrado en reformas, de noche era como que si estuviese a kilómetros.

No obstante, Josh tenía su propio camino de ladrillos amarillos. Mientras Sandra Peterson no despidiese los informativos regionales, su faro seguiría encendido, y sólo tendría que seguir la espectral luminiscencia que exhalaba la ventana del salón.

Acariciando cuanto abarcaron sus pequeñas manos, Josh dio al final con la rama que necesitaba de apoyo para conformar su muñeco de abedul. Mordió una hoja con su incisivo de leche, la anudó a su nueva adquisición, repitió los pasos con una segunda, y de pronto, la nueva rama se había convertido en *tronco*.

No contento aún, buscó más material para su pequeño quirófano. Quería darle a Tino – que así se llamaba el nonato – un Toni para que no se sintiese solo, como su creador. Un hermano de sangre, o de clorofila, qué importaba.

Y al girarse llegó la desilusión. La temprana colecta resbaló de entre sus dedos.

Tino había quedado sepultado en la misma tierra que le vio nacer, y por muy medicinal que fuera su cuerpo, aquella herida no curaría jamás. Sobre él, y en rededor, el pie de una criatura extraña trazaba el nuevo perímetro. Su piel radiaba un gradiente de destellos con cada pequeño movimiento, semejante al plástico, material del que curiosamente también imitaba sus chirriantes crujidos.

Josh no levantó la vista, como si siguiese viendo a Tino bajo las grotescas uñas que custodiaban su cadáver. Una voz igual de grotesca descendió hasta sus oídos.

- *¿Es esa la casa de tus padres?*

No hubo respuesta. Josh percibió que el asesino de Tino no venía sólo, poco más lejos había otro, el chirrido de su piel lo delataba. La piel de estas criaturas rechinaba al restregarse sobre su propio cuerpo, y a juzgar por el ruido, esta segunda debía estar muy impaciente.

- Lo es.

- *Eso es, ahora no mires hacia arriba ni digas nada, o los Marcianos, nosotros, te comeremos.*

La segunda criatura se acercó de dos zancadas, que sonaron como si se abriesen dos bolsas de patatas.

- Al diablo, - dijo una voz menos imponente y chillona – Si quieres vivir ni si quiera respires un poco más fuerte de lo normal *¿Entendido?*

Los hombrecillos verdes del espacio se alejaron a la par, dejando al otro hombrecillo verde destrozado entre la tierra.

Josh, extrañado, reflexionó con la mirada perdida en el firmamento.

- ¿Vivir?

- Marcianos... Flipas.

- ¿Cuántos planetas a parte de Marte conocías tú a los seis años?

- Es distinto, aquí los niños conocen más planetas que la NASA. Hay tantos rumores sobre monstruos, fantasmas y chorradas en este pueblo que la mejor manera de pasar desapercibidos es yendo así disfrazados. Ni siquiera creo que pongan denuncia.

- La puerta está abierta.

Los dos seres plateados se acercaron a la casa con el escaso cuidado que concedían sus disfraces. La luz que venía del salón dibujaba en el hall toda clase de sombras, pero salvo el serpenteo de éstas, no había señal de actividad.

- Entro yo y tú vigilas ¿Entendido? – Susurró el ladrón más *bajo*.

El otro, aquel que con inconsciente crueldad había asesinado al pequeño Tino, sacó una bolsa de plástico de entre los plásticos de su traje, escándalo que lejos de hundir sus esperanzas, las había consolidado. Nadie los detendría. Si los dueños no habían oído aquel jaleo de plásticos difícilmente oirían nada.

La operación se puso en marcha.

Josh seguía sentado sin variar *su* postura, de espaldas, mirando a alguna parte donde no había nada, al menos para quien le vigilaba desde el umbral; quizás buscando el planeta del que venían los asesinos de su amigo, quizás planeando hacerse astronauta para vengarse de ellos en el futuro, hasta que un profesor cruel le dijese que los marcianos no existían.

O quizás sólo era la febril imaginación del vigilante, a quien le había llegado el turno de impacientarse. Steve tardaba. Demasiado.

Poco sin embargo era lo que había en los muebles del pasillo.

En su oficio había conocido familias minimalistas, bastantes para su desgracia, pero esto daba un nuevo sentido al concepto de racanería. Aquello era insultante hasta como atrezzo para una función de parvulario.

Invertir en habladurías siempre era una apuesta arriesgada, y esta vez habían perdido. Las constantes discusiones que el jardinero de la familia mantenía en voz alta con su oxidado cortacésped, Sr. Caries, a propósito de un sueldo más que generoso, habían sido simples falacias.

Fiarse de un loco había sido una locura.

Sandra Peterson daba paso al *hombre del Tiempo* tras desear las buenas noches a sus espectadores. Steve se dejó guiar por el eco distorsionado de la voz hasta el salón.

Allí estaban los padres del chico. Ellos, y poco más.

Era el infierno de un ladrón. Ni alfombras ni cortinas, ni siquiera un visillo que adornase los butacones que ambos ocupaban. Los padres de Josh no tenían menos de sesenta años; la cara de el hombre envenenó a Steve con amargos recuerdos, tiempos en los que le hacía a regañadientes recados a su madre en la pescadería. El perfil de aquel hombre era la viva imagen de un atún; boca semiabierta, sin apenas pelo, y unos ojos redondos y prominentes, seducidos por un triste televisor de apenas diez pulgadas. Su cuello se mantenía férreamente erguido, con la misma tensión que sus manos compartían con los brazos del butacón.

Su mujer, sin embargo, más reposada, no vivía las noticias de una forma tan intensa, lo suyo era la calceta, o por lo menos hacer ruido con las agujas, visto que no había rastro de adornos caseros por ninguna parte.

- No se muevan y denme su dinero sin hacer ruido.

La escena no había variado un ápice. Steve levantó un poco más la voz y la pistola.

- Está bien... pueden moverse, ¡Pero sólo para darme el dinero! ¿Entend...?

Antes de que completase la muletilla, la cabeza del hombre del butacón crujió y se partió por la mitad. Su cuerpo seguía en la misma postura, aferrado al sillón con fuerza, mientras su cuello se alargaba en el aire como una tubería, y las dos mitades de la cabeza se dilataban descubriendo incontables filas de dientes despuntando entre los carnosos pliegues.

El grito de Steve logró acallar un instante la percusión de las agujas de coser, poco antes de que las improvisadas mandíbulas le arrancaran la mitad del cuerpo.

Su compañero no vio nada desde la puerta, pero si lo había oído, y no dudó en salir corriendo.

Cuando creyó estar lejos giró la cabeza, y vio que el niño ya no estaba. Había otra *cosa* en su lugar, y dio gracias a los problemas del alumbrado, porque de *verla* seguro que no habría vuelto a dormir en su vida.